



Imagen del mes de Noviembre

+ Jesús y Zaqueo +

Lc 19,1-10

Domingo XXXI y Martes XXXIII del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Jesús y Zaqueo en el Evangelio de Brandenburg: la diagonal de las miradas

*“Zaqueo no cometió el absurdo de
ser sordo a Su llamamiento”*

El manuscrito debió realizarse al comienzo del siglo XIII y, cuando los premonstratenses abandonaron el convento de Nuestras Amadas Mujeres de Magdeburg en 1139, se lo llevaron junto con otros códices al nuevo monasterio en la Dominsel de Brandenburg. En 109 páginas de pergamino se hallan textos de los Evangelios y 18 miniaturas a toda página en dorado.

En el folio 89v se ilustra la perícopa del Evangelio (Lc 19,1-10), en cuyas líneas, situadas en el lado izquierdo de la imagen, se intercambia el rojo y el negro. La escena pone el acento en el momento decisivo en el que se produce la **diagonal de las miradas**, *ascendente y misericordiosa* la de Jesús y *descendente y curiosa* la de Zaqueo. El poder de esta mirada de Jesús transformará la existencia de Zaqueo (forma abreviada de Zacarías) y hará que su vida dé un giro importante hacia la *misericordia*. Es interesante también resaltar que ambos van vestidos con los dos *mismos* colores.

Para poder ver a Jesús en Su visita a Jericó, Zaqueo se encaramó sobre un árbol de higos sicomoros. El publicano más importante de la ciudad era pequeño de estatura y buscó apoyo en el ramaje del árbol. Jesús entra en escena en la parte inferior y más próxima al borde derecho de la página y Su cartela ondea frente al hombre: **“Zaqueo ¡baja de prisa!”** (Lc 19,5). El Señor se dirige al publicano y le anuncia: **“Hoy tengo que hospedarme en tu casa”** (Lc 19,5). En la comida compartida el pecador y publicano, hombre muy *acaudalado*, se convierte y promete reparar aquello en lo que hubiera actuado de forma injusta. Como Lectura para la celebración de la consagración de una Iglesia, el texto promete a los creyentes que el encuentro con Cristo en la Misa aporta salud y salvación.

Por un lado: Jesús se invita a si mismo a la comida en casa de Zaqueo y por otro lado en la casa de Zaqueo se hace presente ya la esperanza. El Señor se muestra complaciente con el publicano. Las gentes estaban escandalizadas y decían: **“Él ha entrado en casa de un pecador”** (Lc 19,7). El Maestro defendió Su conducta diciendo que Zaqueo también pertenecía al pueblo de Abraham y que Él había venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido. El encuentro de Jesús con el

publicano conduce a éste a cambios decisivos: ***“Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo”*** (Lc 19,8). Zaqueo era el jefe de los publicanos. Su posición le podía aportar no poca riqueza pero, por otra parte, era odiado por el pueblo.

La perícopa de Jesús en casa de Zaqueo (Lc 19,1-10) está prevista desde hace aproximadamente ochocientos años como Lectura para la consagración de una Iglesia. Ya se encuentra en los antiguos evangelarios, como por ejemplo en este de Brandenburg. Cuando una Iglesia de nueva construcción era consagrada por el Obispo, éste ungía las paredes con el crisma en doce lugares, donde se habían pintado o colocado doce cruces. En estos lugares se habían puesto también doce portavelas y sobre ellos las velas, que se denominaban velas de los Apóstoles o de Zaqueo. La Iglesia es la casa de Dios, donde el ser humano se encuentra con Dios. Jesús nos invita cada domingo a Su casa y también durante la semana. ¿Aceptamos con gusto Su invitación o tenemos otras ocupaciones más importantes? Y si aceptamos Su invitación y vamos a Su casa ¿nos transforma el encuentro con Él? ¿Son transformaciones para el bien? O continuamos mintiendo, murmurando de otros, como antes y... Jesús nos ha invitado a todos nosotros al final de nuestra vida a la casa del Padre, que también es la Suya. ¿Pensamos que esta invitación es todavía actual?

***“El diálogo personal es la forma fundamental
de vida espiritual”***

Alfred Delp, S.J.

Tenemos que abandonar la superficialidad en el cuidado de las almas. Tendremos que trabajar puntualmente como Jesús en Jericó que abandonó a la multitud y fue hacia Zaqueo. Allí él era el único presente como si no hubiese ningún otro que Le esperase. Hoy ya observamos en la atención a las almas que es mejor estar presente en pocos lugares, unificado y concentrado, que en muchos agitado y en vilo. Una pastoral sabia señala signos y confía en que Dios actúe en los corazones de los seres humanos. Necesitamos ánimo espiritual para la serenidad en la atención de las almas.

Joachim Wanke
Obispo, Diócesis de Erfurt

La historia de Jesús con Zaqueo

Lc 19,1-10

Este Evangelio contiene directa o indirectamente tres términos, sobre los que merece la pena reflexionar:

◉ Curiosidad ◉

Este Zaqueo es declarado curioso. Probablemente lo es del modo, en que también hoy son curiosas las multitudes y, por ejemplo, corren por las calles o incluso se suben a los árboles, cuando se dice que pasa por allí una gran estrella a la que se puede ver o que reparte autógrafos.

Con frecuencia este modo de curiosidad hace a las personas típicamente desconsideradas – sólo por estar en las primeras filas.

Así era también entonces:

Zaqueo, bajo de estatura, no tenía la más mínima posibilidad, a causa de la multitud desconsiderada, de echarLe una mirada a Jesús.

Sin embargo, Zaqueo es no sólo ingenioso – él trepa sencillamente a un árbol – sino que además es obsequiado inmerecidamente con la dicha: su curiosidad le conduce a un encuentro personal con Jesús, pero, sobre todo, este encuentro le conduce a una conversión radical:

del Zaqueo estafador y explotador surge un hombre generoso, misericordioso y amable.

Me parece una pregunta palpitante todo lo que podríamos llegar a ser si - como Zaqueo - tuviéramos realmente curiosidad por Jesús, si sintiésemos algo verdadero en un encuentro con Él y si nos esforzásemos de una forma seria y comprometida por conseguir tal encuentro.

◉ Sorpresa ◉

Este Jesús es siempre bueno para una sorpresa semejante. Se conduce de una forma totalmente distinta a la que esperaban aquellos que viajaron en multitud para verLe; aún cuando habían viajado precisamente sólo por eso, porque habían oído de Él mucho sorpresivo.

¿No nos sucede a nosotros algo muy semejante?

- ✦ Naturalmente nosotros hemos oído ya tanto de Jesús, que creemos que Le conocemos.

- ✦ Naturalmente hemos oído mucho sorprendente sobre Él, que ya no es nada absolutamente especial y hace largo tiempo lo hemos suprimido del orden del día.
- ✦ Naturalmente sabemos que Jesús es un amigo de los pobres y de los enfermos y a los ojos de muchos se dedica permanentemente a ellos también de forma exagerada.

Pero aquí se dirige justamente a una persona que rebosa notoriamente salud; además es inmensamente rico y -esto es lo verdaderamente enojoso- ha conseguido su riqueza como un estafador, explotador y usurero.

Hoy quizás se diría de un nuevo rico semejante: En casa de semejante capitalista desconsiderado y despreciable se hospeda Jesús y se sienta con él a la mesa. ¡Cómo si un reformador izquierdista del mundo no pudiese resistir la tentación de una opípara comida en la villa de uno de los “grandes”!

Jesús también es bueno para una sorpresa semejante. No es que Él apruebe lo que no es aprobable. Él habla un lenguaje enteramente claro:

✦ “Yo he sido enviado a los pecadores; sobre todo a los que necesitan médico. Yo he venido para buscar y salvar lo que está perdido.” ✦

Por consiguiente, Jesús da incluso a este criminal del ámbito económico una posibilidad y obra en él un milagro: le cura verdaderamente.

Preguntas:

- ✦ ¿Creemos nosotros hoy que un milagro semejante es posible?
- ✦ ¿Estamos preparados para dar una oportunidad semejante a alguien, que nos ha engañado a nosotros personalmente?
- ✦ ¿O acaso a alguien que socialmente es un estafador y explotador semejante?
- ✦ ¿Y cómo podría hacerse -hoy- un milagro por una posibilidad como ésta si nosotros la diésemos ya?

Todavía más preguntas:

- ✦ ¿Podemos representarnos que eventualmente incluso a nosotros mismos tuviera que sucedernos un milagro así?
- ✦ ¿O nos contamos de forma muy evidente entre aquellos, que no creen tener necesidad de un milagro semejante, porque – dejando aparte pequeños “deslices” – son “justos” y sobre todo “buenos cristianos”?

◉ Hospitalidad ◉

Jesús se invita a comer en casa de alguien con el que se cuidaría de no tener trato un buen ciudadano. Además se me ocurre lo que Jesús le dijo una vez a un anfitrión:

✠“Cuando des una comida a mediodía o por la noche, no invites a tus amigos o a tus hermanos, a tus parientes o a vecinos ricos, porque ellos también te invitarán a ti y con ello se te recompensará todo de nuevo.

No, cuando tú des una comida invita a los pobres, a los mutilados, a los paralíticos y a los ciegos. Tú serás bienaventurado, pues ellos no te pueden recompensar; te será recompensado en la resurrección de los justos.” ✠

¿Quién de nosotros invita en Nochebuena, por ejemplo, a comensales de un comedor de caridad? Esto es para la mayor parte de nosotros probablemente inimaginable y quizás tampoco realizable de ningún modo. Pero la pregunta del Evangelio de hoy hace depender el asunto de algo más profundo:

¿Quién de nosotros se invita a sí mismo a un comedor así? Probablemente se nos daría la bienvenida con semejante cordialidad a aquella con la que Jesús fue recibido en casa del sorprendido Zaqueo. Amén.

P. Heribert Graab SJ

www.heribert-graab.de

Año 2001



«Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa»

El Señor invita a Zaqueo a bajar del árbol. Bajar es el símbolo de la humildad. Abajarse, llegar al humus de la tierra, a la capa que es verdaderamente fértil. No en vano, humildad proviene de humus. Zaqueo, al bajar, al abajarse, no es humillado, antes bien, es enaltecido. «Hoy ha venido la salvación a esta casa».

El poeta, en el libro del Génesis, nos habla de dos árboles en el centro del Jardín del Edén: el Árbol de Conocimiento del bien y del mal y el Árbol de la Vida. A continuación, sin embargo, se olvida de uno de ellos. El relato continúa centrado solamente en el Árbol del Conocimiento del bien y del mal. Diríase que el poeta no es un narrador cuidadoso, y se deja un árbol por el camino. Y, sin embargo, desde el inicio de la Biblia, hasta su culminación en los Evangelios, el Árbol de la Vida está presente. Y sigue presente, cada instante, en nuestras vidas si, como Zaqueo, somos capaces de levantar la vista de la obscuridad de lo cotidiano y de mirar hacia el cielo.

El Señor y Zaqueo han levantado su vista hacia el cielo. Zaqueo no sabe cómo atisbar a ese profeta de Nazaret, y se sube a un árbol. A un sicomoro. Y no es casualidad que San Lucas, otro poeta, se detenga en este detalle que pudiera parecer anecdótico. Es un árbol bajo, cuyas ramas crecen muy cerca del suelo. Esto permite a Zaqueo, que era muy bajo, encaramarse a él. Para la cultura oriental, era un árbol importante, y los egipcios fabricaban los ataúdes de los faraones con su madera. Zaqueo, al subir, baja. Entra en el ataúd al cual le ha condenado su codicia. El Señor lo llama de la muerte: baja del árbol, sal del ataúd, y sígueme.

El árbol es el símbolo de la verticalidad, del alzarse hacia el cielo, de la eterna generación. El árbol nos recuerda la victoria eterna sobre la muerte. El árbol de la Cruz, que fue el trono donde murió el Salvador del mundo, es, paradójicamente, el símbolo de la vida. Muerte y pecado han sido vencidos de una vez por todas. El árbol puede leerse como un eje vertical en expansión hacia el mundo: sus ramas y sus raíces se extienden, se desparraman como la gracia. El sicomoro, sin embargo, no tiene esta vocación vertical, como se ha indicado. El sicomoro está distraído con las cosas mundanas, extiende sus ramas, y sus raíces son poco profundas.

El Señor, como Padre Misericordioso, se acerca a Zaqueo y eleva su mirada. Zaqueo baja, pero no es humillado, antes bien, es enaltecido. Es salvado.

Jesucristo sube a la Cruz, y en la mayor humillación, colgado de un madero, nos salva. Como nos recordó San Juan Pablo II en *Redemptor hominis*, Dios se hace hombre para que los hombres seamos dioses.

Chesterton decía que en todas las épocas son necesarios un tipo de hombres, los sacerdotes, que le recuerden al hombre que va a morir. Pero en ciertas épocas son necesarios otro tipo de hombres, los poetas, que le recuerden al hombre que todavía está vivo. Le propongo al lector que nos detengamos ahora en dos leyendas. Son sencillamente leyendas, pero son hermosas. La primera cuenta que Adán, al ser expulsado del Jardín del Edén, lleva consigo unas semillas. Cuando, después de vagar por mucho tiempo con Eva, encuentran el lugar sobre la tierra donde habitarán, planta estas semillas. De ellas nace un árbol, que es el que se tala para hacer el árbol de la Cruz. Otra leyenda dice que, cuando Jesucristo es condenado a muerte, todos los árboles se negaron a ofrecer su madera para la Cruz. Las maderas se rompían y era imposible trabajarlas. La encina, por el contrario, comprendió que, con la Cruz, Jesucristo redimió al mundo, y comenzó una nueva Creación, acabando con el poder de la muerte. Así, cada Viernes Santo, todos alzamos la vista y miramos al Árbol de la Cruz, donde estuvo clavada la Salvación del Mundo. Y vamos a adorarlo.

Zaqueo fue capaz de levantar la vista de la fealdad del mundo, de su propia vida, y contemplar a Cristo. «El mundo será salvado por la belleza, y la belleza es Cristo», nos recuerda el Idiota de Dostoievski. Levantemos nosotros también la vista y contemplemos la belleza que cambia nuestra existencia y nos hace ser verdaderamente hombres. La belleza material es el humus sobre el cual, al abajarnos, brotaremos para el bien y la verdad.

David Montero Briz



Zaqueo de Sieger Köder, siglo XX



Jesús y Zaques subido a un sicomoro

Altar de Mompelgard

Autor: Heinrich Fullmaurer, 1530-1570

Kunsthistorisches Museum. Viena